

Exteriorizando las penas (La tristeza del rengo)

Nota del periódico *La Tranquera*, páginas 18 y 19. Veinticuatro de junio de 2007

Sí, usted está leyendo bien. Soy yo quien escribe esta nota –o sería más correcto decir, esta sobria introducción–. *Norberto Brown* es el nombre y apellido impreso. Usted quizás me conozca, o tal vez no, porque usualmente no me escapo de los límites de la sección deportiva.

Sin embargo, siento la necesidad, en esta edición especial de *La Tranquera*, de hacerle llegar el escrito que me fue confiado por un anciano cuyo nombre no atiné a preguntar –aunque el mismo figura en la crónica–. Me disculpo por eso.

Como debe saber usted –si se tomó el tiempo de analizar la tapa de este número–, la sección deportiva está casi totalmente dedicada al Club Aristóbulo Pascual Arregui –C.A.P.A.–, flamante campeón del torneo regional. Como se puede suponer, el evento fue cubierto por su servidor.

El público presente en el partido definitorio –unas trescientas personas, más o menos– invadió el campo, presas de un comprensible júbilo. Mientras, yo intentaba obtener la palabra de los protagonistas del juego.

Entre aquellos que entraron al rectángulo de cal, había un anciano, portador de una considerable cantidad de años, así como también de una lustrosa calva y de una espesa barba blanca. Como dije antes, no supe pedirle nombre, apellido o seudónimo. Me identificó como periodista y me extendió un papel que, según pudo explicarme con torpes palabras, había publicado un tiempo atrás, en una suerte de pasquín que solía venderse cada domingo en Pascual, pero que finalmente tuvo que cerrar por temas económicos.

No deseo robarle más espacio a la nota que en realidad nos compete, pero no era mi intención que se me confundiera a mí como el autor de la misma. Después de todo, lo que menos deseo es arrogarme un mérito que no es mío.

Sin más, los dejo con la nota, cuyo título es *La tristeza del rengo*.

Hace ya tres días de la muerte del rengo, pero los sentimientos aún están a flor de piel.

Es evidente que no se requieren las presentaciones. Estoy hablando del rengo Menossi; el hombre que llevaba como marca registrada un luctuoso semblante y desgarrado andar. Uno podía vislumbrar su silueta en la noche más oscura y neblinosa e identificarlo sin problema alguno; ya sea que él se encontrara a pie o en su bicicleta.

Una persona permanentemente azotada por la desgracia, incluso desde su nacimiento. El destino lo condenó a vivir con una pierna varios centímetros más corta que la otra. En principio, había sabido solventar su condición utilizando un calzado especial, mas en los últimos años de su vida se resignó a sobrellevar el problema a fuerza de resistencia,

rezagando la pierna más larga para normalizar su tranco, el cual era, como especifiqué anteriormente, desgarrado y fácilmente reconocible.

El día de su partida se perdieron muchas cosas: un personaje, un amigo, un hombre de bien, un participante habitual en las triviales tertulias barriales, un jugador retirado de las viejas partidas de tute cabrero –interrumpidas, de igual forma, largo tiempo atrás, debido al deceso de varios integrantes–, un canto a la desgracia –y, en cierta forma, también a la mundana gallardía–. El pueblo lo lloró, porque cada quien sintió que se le iba un pariente, de esos que uno encuentra por los azares y termina forjando con los años.

La desgracia no consideró suficiente castigo el haberlo dotado de extremidades disimiles, así que ésta lo golpeaba seguido, y Menossi resistía erguido la tormenta, a fuerza de pulmón y voluntad. Pero incluso el junco más flexible en algún punto termina cediendo. La muerte de su esposa e hija fue lo que acabó por quebrarlo, transformándolo en un hombre taciturno. El rengo cayó en un silencio que le impedía compartir sus penas con otro, prohibiéndose, quizás como una cruz auto impuesta, tener por lo menos el paliativo de que éstas no sean tan fuertes.

Aunque en esto último existe algo de falsedad.

Cargo con el honor de ser, hasta donde tengo entendido, el único confidente del rengo. La única persona a la cual le contó, al menos, una de sus tantas penurias. Me guardé la historia durante este tiempo por respeto al que supo ser uno de los hombres más queridos del pueblo. Pero ahora, con su desaparición física, nada me impide compartirla. Véalo, amable lector, como una nota de despedida que no contiene la palabra “Adiós”, sino que se rubrica con un simple “Hasta pronto”.

Fue una tarde de primavera, si mi mente no me engaña, o bien pudo ser una de invierno muy cálida. Como era *vox pópuli*, el rengo siempre andaba algo corto de bolsillo, por lo que lo invité a compartir un almuerzo. El se negó, pero mi insistencia hizo que él aceptara pasar por mi casa a la tarde para entregarle lo que había sobrado.

Cuando se presentó, montado en su bicicleta, apenas pude ocultar mi sorpresa. Aunque era moneda corriente verlo mustio, su rostro reflejaba más tristeza que en otras ocasiones. Tanto, que me vi obligado, casi instintivamente, a invitarlo a caminar, para ver si un paseo podía menguar su tristeza. El silencio de su respuesta expresó aquiescencia.

Nuestro andar invariablemente nos guió hasta la Plaza de Armas, eterno destino de quien camina sin rumbo fijo. Él llevaba su bicicleta de tiro¹, mientras yo lo acompañaba con la comida dentro de un recipiente de aluminio. Nos acomodamos en uno de los bancos de cemento, cerca del busto que conmemora la figura del fundador, Aristóbulo P. Arreghi.

Nos quedamos allí en silencio. Mirábamos el flujo de autos que pasaba por calle Loderá, que como se puede suponer, era casi inexistente a esa hora vespertina.

Sus palabras me tomaron completamente desprevenido.

¹ Llevarla caminando, sin estar subido a ella.

–Vos me conocés, Luis² –dijo de repente–. Bah, todos en Pascual me conocen.

–¿Cómo? –le repliqué con asombro.

–Digo... Saben cuánto sufrí. Conocen todo lo que me pasó en la vida... ¿Me equivoco?

No respondí con palabras. Sólo asentí levemente.

–¿Te acordás hace cuánto que fue?

No me hizo falta preguntarle a qué se refería. Creo que todo habitante de Pascual que lea esa pregunta sabrá de qué estaba hablando.

–No sé –baluceé. Aún estaba algo descolocado. No sólo el rengo había decidido comenzar una conversación, sino que estaba abriendo su corazón–. ¿Quince años?

–Diecisiete –pude percibir el asomo de una descolorida sonrisa. Una curvatura sutil, involuntaria–. Diecisiete largos años. Mierda que vuela el tiempo, ¿verdad?

Silencio otra vez. Nos perdimos en nuestras lucubraciones. Desconozco qué sentimientos pasaban por su mente, pero en la mía apenas sí cabía el asombro.

–Tenía... –su estoicismo camuflaba el quiebre de su voz–. Tenía ocho... apenas ocho... –recuerdo que me miró a los ojos cuando me dijo–: Los mejores ocho años de mi vida.

Sus palabras me aflojaron. Quien me conoce sabe de mi carácter seco, en el que predominan las acciones por sobre las palabras. Sentí la imperiosa necesidad de rodearle los hombros con un sentido abrazo, pero supe contenerme.

–¿Y vos podés creer que la volví a perder?

–¿Qué?

La pregunta flotó por entre mis labios, debo reconocerlo. No quería interferir ni expresar sentimiento alguno, principalmente por temor a que recapacite y se guarde su confesión.

El rengo se limitó a anidar una mano en la otra sobre su regazo, mirando sus zapatillas³ sucias con fijeza.

–Lo que oís. Sin querer, la encontré. Y después se me fue de nuevo.

–Rengo –mis palabras eran endebles, apenas sí lograba articularlas–, me vas a tener que disculpar, pero no te entiendo. ¿Me podrías explicar?

Tragó sonoramente y tosió un par de veces; se había ahogado con su propia saliva.

–La encontré un día sin querer, sobre calle Urquiza. Iba paseando en la bici cuando me pasó por al lado el bondi⁴ escolar, con los pibes revoleando los brazos por fuera de la ventanilla. Algunos me saludaron incluso.

”Y se bajó un grupo... –carraspeó–. Eran tres o cuatro, no me acuerdo... Y la vi, Luis. Te juro que la vi.

² Para este relato van a tener que fumarse el diálogo argentino. Lo lamento, compañeros, pero espero que puedan disculpar mi capricho. Ya aviso que éste va a ser un relato *full argento*.

³ Tenis, bambas, tabas. Calzado deportivo para usar en el día a día.

⁴ Autobús.

”Sé que no era mi hija, pero la veía reflejada en ella. Veía sus ojos, su pelo rizado, su rostro risueño... No era, pero sí era.⁵ Estaba riéndose de algo que no escuché. Y verla feliz a ella me hizo feliz a mí. Era como una caricia en el alma... Algo que no había sentido en años.

Su voz sufría una tácita afectación, tan imperceptible que la primera vez que lo oí, se me pasó por alto. Pero ahora, analizándola bajo la lupa que otorga el paso del tiempo, puedo afirmar que allí estaba.

—Le di tranco para que se aleje. Aunque la gente me conoce, sé que no hubiera estado bien visto seguir a un grupo de purretes. Por las dudas, llevaba la bici de tiro, haciendo como que la tenía en llanta.⁶

”La seguí por un par de cuadras. Ella se separó de los demás en Londoño y enfiló para la calle Perú. Vivía en el tres cuarenta y cinco. Su madre salió a recibirla en la entrada —volvió a sonreír, pero casi inmediatamente sus labios volvieron a plancharse—. No tenía edad ni para tener su propia llave.

”Yo la espí desde la esquina. De ahí en adelante, de lunes a viernes, esperaba la llegada del bondi sólo para verla. Aunque lo hacía bien escondido. Seré miserable, Luis, pero no boludo —esta afirmación me arrancó un resuello de risa, pero me cubrí la boca inmediatamente. El rengo se limitó a mirarme con cierto aire de camaradería.

”Fueron días... felices, Luis... Fueron... días de cierta paz.

Nos sumimos nuevamente en nuestras cavilaciones. Como es evidente, no deseaba presionarlo. Es más, ni siquiera me atrevía a mirarlo al rengo.

—Y un día sucedió nomás, Luis. El día que no la vi bajar.

Hizo una pausa, fue efímera, pero el peso que tuvo, al menos para mí, es indescriptible.

—No me preocupé porque pensé que quizás se había enfermado —continuó—. Ya sabés cómo son los niños: fiebre, tos, mocos; cualquier cosa se les pega. Pero cuando esto se repitió por un par de días, me empecé a preocupar.

”No quería pensar lo peor. No es secreto para nadie que me persigue la desgracia, Luis.⁷

”Fui a su casa y me aposté en las inmediaciones durante los siguientes días, vigilando la cuadra. Pasé ese tiempo casi sin dormir ni comer. Llegaba allí muy temprano en la mañana, sin más desayuno que un trozo de pan y un vaso de agua, y me iba pasada la medianoche, casi muriéndome de frío.

El esfuerzo que estaba haciendo el rengo para hablar era palpable, al menos para mí, que lo estaba oyendo. Como se podrá suponer, aquí estoy transcribiendo el diálogo con cierto ritmo. Le concedo las pausas que creo más necesarias, pero no plasmo aquí toda la

⁵ Sé que dije que nunca leí a ningún escritor del boom latinoamericano, pero la flor amarilla de Cortázar siempre me viene a la mente en estos momentos.

⁶ Desinflada.

⁷ La palabra “infortunio” me tentó muchísimo más que “desgracia” y me pareció que calzaba mejor con lo que quiero decir, pero... mantengámoslo coloquial.

lentitud con la que me fue relatada la historia, porque si quisiera reproducir el diálogo fielmente, tendría que usar puntos suspensivos cada tres palabras.

–Llevaba así más o menos una semana, creo... Ayer, cuando llegué a su casa, vi a su madre... llorando... Llorando a moco tendido sobre el hombro de una persona que no conocía. Quizás era su hermana, o quizás su amiga. No sabría decirlo.

”Su marido, creo que era él, parecía querer acompañarla en el llanto, pero sentí que resistía... Resistía por su mujer. Pero se lo vi en la cara, Luis. Ese dolor que conozco tan bien, porque yo también lo sufrí. Ese dolor que te supera tanto que ni las lágrimas pueden desahogarte... El sentimiento de estar muerto en vida.

El instinto me hizo mirarlo al rengo, lo que me hizo cruzarme con sus ojos, los cuales estaban fijos en mí.

–No necesité ver más –fue su escueto remate.

Asentí con muda comprensión. Sentí que el rengo deseaba seguir hablando, pero ya no tenía nada más para decir, o eso me pareció. Estaba seco.

–¿Sabés qué? –su voz era un compungido susurro. Parecía brotar directamente de lo más profundo de su interior–. A veces pienso que nací sin el privilegio de ser feliz –hizo una corta pausa antes de añadir–: Cuando quiere, la vida puede ser muy hija de puta, Luis. No se conformó con quitármela una vez... Y con la segunda, no sólo me la quitó a mí. Esa chica no lo sabrá nunca... pero dos familias perdieron una hija con su partida...

Nuevamente guiado por el instinto, voltéé para verlo. Esta vez tenía la mirada clavada en el piso, pero alcancé a ver sus ojos vidriosos, y estos me indicaron que debía dejarlo solo.

Dejé la comida junto a él y mascullé una despedida mientras me ponía de pie. Me alejé con paso medido, mirándolo por sobre el hombro de vez en cuando, pero el rengo no se movía. Estaba paralizado por los recuerdos.

El tráfico de Loderá había muerto definitivamente a esa hora.

Y un par de años después, él se despidió de nosotros.

Funesto el destino que te maldijo, rengo querido, que ni siquiera te permitió poseer bálsamo alguno para tu interminable dolor. Pero ahora ya no sufrís, amigo mío. Y si Dios quiere, eventualmente nos juntaremos para retomar las partidas del tute cabrero con el resto de los muchachos.

Aún recuerdo cómo se juega.

Casi cuarenta años para cortar con la costumbre

Desde 1968, el torneo venía siendo repartido entre los dos equipos más importantes de Ciriano: *Los desertores* (22 campeonatos) y *El rayo* (16). Pero ayer, el 3 a 1 de C.A.P.A. selló la épica.

Por Norberto Brown

El último fue *El ferrocarril*, el Club Sportivo Sgto. Luna, en el extinto Torneo Cirinianse 1968 –hoy devenido en el Torneo Regional del Sur–. Tuvieron que pasar casi cuatro décadas para que un equipo de Ciriano cediera el campeonato a un club de otra localidad.

Y no cualquier localidad.

La gesta cobra mayor dimensión si tenemos en cuenta no sólo que es la primera vez que el Club Aristóbulo Pascual Arregui –C.A.P.A.– gana un campeonato de cualquier índole en sus sesenta y cinco años de historia, sino que también pertenece al segundo pueblo de menor tamaño –aunque la garra de los clubes de Pagos Altos merece ser, aunque sea, mencionada–. Ayer, la fiesta de casi 3000 almas tiñó de verde y amarillo la ciudad por entero, en un festejo de merecido desahogo y celebración.

Atrás quedó el mal arranque de las primeras fechas –dos empates y tres derrotas–. La segunda rueda trajo la revelación de un jugador que fue determinante: el *Látigo* Gómez. Su aporte goleador al equipo –doce goles en siete partidos– resultó indispensable para la coronación, incluyendo los dos goles para la ajustada victoria 2 a 1 frente al *Rayo*, el único que siempre le estuvo pisando los talones al campeón.

Es ineludible también el bastión defensivo que conformó la dupla de tocayos Fabián López y Fabián Miranda, que junto a los reflejos del Kevin *Pulpo* Cormatti contribuyeron a mantener la valla invicta en casi la mitad de los encuentros. También, debe sumársele el equilibrio defensivo aportado por Ricardo *Balanza* Martínez en el medio, formando un muro casi siempre infranqueable.

Bajo una idea clara bajada desde la dirección técnica de un conocido en la materia como lo es el *Profesor* Saúl Parsé, se conformó un equipo con solidez defensiva, buena presencia en ataque y un planteamiento firme en el rectángulo verde. Y, cuando los azares del destino se conjugaban en contra, contó también con la infaltable suerte de campeón.

Por lo demás, el torneo no tuvo mayores sorpresas. *Los desertores* terminaron terceros, a cinco puntos del campeón. Burbuán Sport Club renovó su eterno lugar en la mitad de tabla. Y el *Ferrocarril*, visto despojado de su cómodo tercer puesto, tuvo que resignarse a la cuarta colocación.

Ahora, la fiesta es exclusivamente verdeamarela. Que rompan las gargantas por ese grito que estuvo atorado por 65 años. ¡Salud, campeón!

Comentarios

Intenté que los dos escritos presentaran una prosa diferente, a fin de tratar de emular que, efectivamente, fueron escritos por dos personas.

Traté de hacer la escritura de Brown más seca y directa, abandonando la profusión de kilométricos detalles (tuve que adornar un poco la nota deportiva, pero por mero sentido estético).

En cambio, en la nota referida al rengo, me di la libertad de perderme un poco e intenté festonearla con algunos ambages y circunloquios abstractos, los cuales intenté hacerlos más vagos que mis kilométricas peroratas detallistas, por no decir que preferí hacer los párrafos algo más cortos, “efectivos”, si se quiere (lo cual quizás no se note, porque agrandé la letra).

Espero haber logrado el efecto deseado.

En línea con lo anterior, espero que este cuento satisfaga tanto a aquellos que les gusta mi prosa detallista como a quienes la consideran excesiva. Intenté amalgamar ambos estilos. Desconozco mi porcentaje de éxito.

En mi consideración, esta aclaración puede considerarse inútil (no tanto como la segunda nota del cuento anterior). Mas nunca falta el despistado.

Traté de reflejar en los diálogos (además de imprimirle un coloquialismo que había estado ausente hasta ahora) las personalidades de quienes hablan. El rengo intenta no dejarse llevar por sus emociones; habla, se traba (empero, no tartamudea) y le cuesta expresarse porque no está acostumbrado a compartir su miseria. Además, su forma de expresarse es algo tosca, o mejor dicho, coloquial.

Luis (a quien pensé asignarle un apellido rimbombante como, por ejemplo, “Sarragasti”) es hombre de pocas palabras, como él mismo pregona en una parte de su escrito. Las únicas afirmaciones que llega a expresar son escuetos “¿Qué?”, “¿Cómo?” y monosílabos semejantes. Cuando tiene que hilvanar oraciones largas, más que hablar, balbucea. En contraposición, intenté darle una prosa nutrida, que aunque tiene párrafos cortos, estos están algo cargados de detalles y rodeos. Al menos, ésa fue mi intención. Como dije antes, desconozco cuánto éxito terminé granjeando.

Me quedó en el tintero establecer el concepto de tristeza unilateral. Ésa que sólo siente una de las partes, muchas veces sin que la otra parte llegue a saber nunca la desazón que le produce su desaparición o desgracia a otras personas.

Tenía pensado incluir, en la nota deportiva, los testimonios de algunos jugadores. Pero estuve falto de inspiración este mes. Decidí dejar sólo la nota cubriendo la gesta de C.A.P.A, más que nada a modo de curiosidad.

Intenté estilizar un poco la noticia (como si de verdad hubiera sido parte de una nota periodística) prescindiendo de los paréntesis para utilizar los guiones largos (—).

Por la estética del cuento, no es muy difícil percatarse de quién soy. Sólo quiero decir algo.

En el hilo del sexto dogma dije que venía masticando una idea desde abril para mi cuento de diciembre, y que si quitaban las firmas me lo joderían en cierta forma. Bueno, el tema es el siguiente: tenía pensado hacer una continuación de “Reunión”, llamándolo “La última reunión” y, para ese cuento, le quitaría la mariposa a mi firma. Como ven, un detalle estúpido, pero no poder hacerlo ahora me molesta en demasía. Ya ni sé si escribiré “La última reunión”. Quizás sí, pero el hecho de no poder hacer esta idiotez con la firma me genera dudas.

Así que nada, en pocas palabras me cagaron el relato de diciembre. Gracias por eso.